

## Rafael Barajas Corona: Un analista cálidamente distante

*Ricardo Velasco Rosas*

*“Al llegar al momento culminante de un proceso,  
La mutación abre en medio de la miseria la flor de la belleza”.*

### 1. Etapa pre-analítica

Viajero incansable, humanista y francófilo. Rafael Barajas nace en la ciudad de México en el año de 1924, década en que Freud diera su giro de los “20’s” donde replantea el *corpus* psicoanalítico con la segunda tópica, la teoría de la angustia señal y la pulsión de muerte.

Mientras tanto, México se encontraba en los años postreros al porfiriato. Aún olía a revolución y varios presidentes fueron asesinados en esa época. El “vasconcelismo” fue la punta de lanza hacia un México progresista y de la mano de Vanconcelos, la educación y las artes se desarrollaron intensamente. El “ateneo de la juventud” con Alfonso Reyes y Martín Luis Guzmán a la cabeza, publicaron obras hoy clásicas de nuestra literatura. Los “muralistas” dejan el caballete y pintan en muros para el pueblo, sus imágenes narran la historia del obrero, del indígena y del vencido. A finales de la década de los 20’s se forma el PRI de la mano de Calles y las mujeres alcanzaban poco a poco alzar su voz en una sociedad misógina que las consideraba ciudadanas de segundo orden (Carballo, 2011).

En ese entorno se cría Rafael Barajas. Su padre fue un líder obrero con ideas socialistas, hombre íntegro y autodidacta que luchó por sus ideales. Desde pequeño recuerda haber vivido en un ambiente donde había gran interés por la cultura francesa. Un tío paterno suyo, escribió en su momento, una conferencia titulada “Francia” en donde se enarbolaban los valores de la revolución francesa además de los enciclopeditas, los filósofos y los artistas franceses.

## 2. Etapa analítica

Poco tiempo después de fallecido su padre, el joven psiquiatra consigue una modesta beca para cumplir su sueño e ir a estudiar a París tras haber estudiado la carrera de Medicina en la UNAM.

*“Desembarque en Francia en 1949 con 400 dólares en la bolsa, decidido a comprar París con ellos, hacerme psicoanalizar y que se hiciera justicia a mi talento. A mis propios ojos yo era un cruzado que después de asimilar la cultura occidental, regresaría a tierras americanas con evangelio y técnicas Freudianas para rescatar la salud mental de los nativos”* (Dupont, p. 19).

El joven de 25 años encontró en cambio una París complejo, frío y cerrado. Los tres años de su estadía fueron difíciles y en ocasiones de supervivencia, no obstante, de la mano de su analista didacta logró empaparse de la riqueza cultural de París, que para los años cincuenta disputaba con Londres la capital del mundo psicoanalítico.

Pero ¿qué cómo se desarrolló el psicoanálisis hasta entonces en la capital francesa? La historia del psicoanálisis francés debe remontarse al año 1895 donde Freud estudiara con Charcot en “la Sapletriere” y donde se fascinó con el talento y la habilidad clínica del maestro de las histéricas en Francia. En la primera década del siglo XX y particularmente alrededor de la Primera Guerra Mundial, el psicoanálisis en Francia no había despegado aún pues era considerado una disciplina alemana y todo lo proveniente de esta cultura o sus aliados era considerado mortífero. Fue hasta los años 20 donde el psicoanálisis va a insertarse en la sociedad francesa, lo curioso es que no fue a través de las ciencias médicas sino a través de los hombres de letras.

En las plumas de Bretón y Gidé, se difundirán los primeros textos psicoanalíticos en francés. Particularmente gracias a Bretón y al movimiento surrealista el psicoanálisis cobrará un auge y una presencia cada vez más intensa. En el año 26, se funda la Sociedad Psicoanalítica de París (SPP). Dos pacientes de Freud: Marie Bonaparte y Eugenic Sokolnicka consolidarán este proyecto societario. La nieta de Napoleón, apoyó a Freud a salir de Viena durante la ocupación nazi y contribuyó en labores diplomáticas para que el Maestro de Viena pudiera llegar a Londres su destino final. De la segunda generación de psicoanalistas en Francia caben destacar a: Franz Alexander; Rudolph Lowenstein, Sacha Nacht; y René Laforgue. Mientras que la tercera generación corresponden analistas de la talla de

Daniel Lagache; Jaques Lacan, Serge Lebovici; Francoise Dolto y Bela Grunberger.

Jaques Lacan era el más genial de los analistas ya desde esas épocas, destacando por encima de sus mayores y sus contemporáneos. Roudinesco (2012) marca la década del 50 como el inicio de su “reinado” que no dejará hasta su muerte treinta años más tarde. Carismático, líder, seductor, culto, Lacan no podía pasar desapercibido. Sus frases conceptuales a modo de “slogans” tendrán un poder seductor casi hipnótico para todo interesado del psicoanálisis en Francia: “Retorno a Freud”, “La cura se da por añadidura”, “Amar es dar lo que no se tiene a quien no es”, “La mujer no existe” o “El analista sólo se autoriza a él mismo” son algunas de sus máximas más populares, enigmáticas y cautivadoras. Además, tras la Segunda Guerra Mundial, y la forzada migración de brillantes analistas judíos a los Estados Unidos (Ej. Lowenstein, Alexander) Lacan se queda como el amo y señor del psicoanálisis en París. Época nacionalista donde lo americano era visto como el enemigo en el imaginario intelectual francés. Este espíritu revolucionario, universitario y progresista benefició en mucho al discurso lacaniano, dirigido a los jóvenes curiosos, librepensadores, críticos al discurso cientificista e imperialista.

Fue en este contexto en que Rafael Barajas llegó a París, a formarse en la SPP, único grupo de contrapeso real ante el torbellino lacaniano y -de la mano de su analista Michel Cenac, sus maestros Bouvet y Lagache y su amigo Francis Pasche- no se dejará encantar por el canto de la sirena lacaniana.

*“También estuve en un seminario con Lacan, fui de las pocas personas que se largaron de un seminario de Lacan” (Dupont, p. 90).*

En cambio él aprenderá un análisis francés más bien clásico, silencioso, prudente y ecuánime, atributos por cierto, propio de su personalidad de algún modo evitativa de los protagonismos y los exhibicionismos como se verá también en su vuelta a México como co-fundador de APM. Su analista didáctico fue Michel Cénac, premiado con la “Cruz de Guerra” de la legión de honor durante la primera guerra mundial. Fue médico y psiquiatra, jefe de la clínica “Asile de la Siene” en París. Se interesó pronto por el psicoanálisis en los años 20 y se analizó con Rudolph Loewenstein (analista de Lacan por cierto). Se hizo miembro de la SPP en 1929. Cenac estaba muy interesado en el vínculo entre medicina y psicoanálisis y en 1936 presentó una conferencia inaugural para el Congreso de su Sociedad. Para 1949 (año en que llegó Rafael Barajas) era vicepresidente de la SPP. En el

año 50 presentó un trabajo junto con Jacques Lacan sobre “Psicoanálisis y criminología” en donde ambos autores rechazan la idea de una pulsión criminal, pero más tarde fue enemigo político de Lacan y compitió con él en unas elecciones que desencadenarán en la escisión del 53. Finalmente Cenac fue electo. Parte de su trabajo como investigador implicaba el estudio de la delincuencia juvenil, el estudio de los testigos y la actividad antisocial entre otras áreas.

El análisis didáctico se desarrolló entre los años 1949 a 1953. Cénac fue un analista silencioso, austero que hacía del trabajo analítico una empresa dolorosa. Así narra Barajas su análisis: *“tan mortificantes descubrimientos se hicieron sobre el diván de un analista silencioso, que por cinco o seis interpretaciones puso ante mis ojos lo que parecía oculto. Nunca agradeceré bastante la equidad y la honesta benevolencia de Michel Cenac a quien mi fantasía colocó primero en lugar de un Maximiliano vengativo y después en la de la severa imagen que guardaba de mi padre.”* (Op. cit., 1975, p. 19) *“Quiero decir que el trabajo que hice en Francia, no solamente se compuso desde luego de un análisis personal muy doloroso y muy intenso, sino también de gran cantidad de trabajo en los hospitales y en los seminarios y significó para mí también cierta transculturación (...) a recibir lo que Francia tenía y ver como ese pueblo y esa gente lucha por pensar”.* (Dupont, p. 91).

Análisis y seminarios trabajosos, práctica hospitalaria, un país que lucha por sobreponerse a una guerra mundial, un pueblo que valora el pensamiento por sobre todos los valores, un gremio analítico que se debatía entre la manía lacaniana o el cambio moderado con respeto a la tradición y un joven mexicano que tras una herida narcisista, encuentra que el camino analítico es más bien solitario y doloroso: *“Tres años después me percataba que el exaltado buen pastor; si algo tenía de cruzado, era debido a mis propios conflictos, que sus desmedidas ilusiones eran el escudo de un joven tímido y desvalido, que lloraba los dolores de su infancia por las indiferentes calles de París, ajenas a las neurosis personales”* (Op.cit., p. 19)

En cuanto a sus maestros, destaca ante todo la figura de Maurice Bouvet. Marice Bouvet fue un psicoanalista genial que debido a una condición precaria muere muy joven como Bleger en Argentina. Fue miembro de la SPP desde 1948 y llegó a ser presidente de la misma para 1956. Sus publicaciones de temas muy variados incluyen escritos sobre “El yo en la neurosis obsesiva”, “La cura tipo”, “Diferencia entre transferencia como resistencia y resistencia a la transferencia”, “las variaciones de la cura” y

“las variaciones de la técnica” muchos de ellos citados en los escritos del propio Barajas. También a Bouvet se le considera un pionero en defender las “relaciones objetales” en una época en donde Lacan y sus seguidores mantenían un ataque constante y frontal a cualquier tipo de psicoanálisis “relacional” que consideraba al “objeto” más allá del uso pulsional. Bouvet en cambio, defendía la idea de relación objetal y su relación con la regresión a estadios tempranos. Maurice Bouvet estudió particularmente los estados de despersonalización cuando un paciente ha sufrido aislamiento y violencia incontrolables; de hecho, ese fue el tema del XXI Congreso de Psicoanalistas en lenguas Romances (1960) al que Bouvet tuvo que declinar asistir por motivos de salud y su presentación fue leída por Pierre Marty. Bouvet muere tempranamente, a la edad de 49 años, habiendo sido analista de André Green y Michel de M’Uzan entre otros y se le recuerda ahora con el premio “Maurice Bouvet” el mejor trabajo psicoanalítico en Francia y su obra completa fue publicada en 1968. De todos los trabajos de Bouvet, fue sin duda el de “La distancia y sus vicisitudes” el que más influyó en Barajas y dará origen a su escrito más sobresaliente donde expresa con amplitud su forma de concebir el trabajo analítico.

### **3. Identidad analítica**

A su vuelta a México, Rafael Barajas se une al grupo de jóvenes analistas que se habían formado en el extranjero y se agruparon con el fin de fundar la institución pionera del psicoanálisis en el país. Su papel aparentemente menor fue en realidad muy relevante: En primer lugar hizo un primer intento por dialogar con Erich Fromm, quien entonces ya vivía en México y estaba muy cercano a la UNAM y a psiquiatras interesados en psicoanálisis que deseaban abrir un grupo de formación analítica bajo su tutela. Barajas, lejos de deslumbrarse por esta figura de talla internacional (al igual que le pasara con Lacan en Francia) supo poner distancia cuando se encontró con Fromm, y supo cuestionar su posición ideológica y su idea central de que la neurosis humana era un problema de no aceptación de la autoridad, autoridad que él propio Fromm parecía querer apropiarse al fundar una institución donde él mismo sería analista, supervisor, maestro y director. De este modo Barajas influirá positivamente para que los demás fundadores (Ramírez y Parres por ejemplo) decidieran formar su propio grupo y alejarse del grupo frommiano y centrado en el paternalismo a ultranza. En segundo lugar, Barajas dejó en Francia varios amigos, sembró relaciones sólidas y supo generar alianzas

políticas, de modo que escribió a su asociación de formación (SPP) para que apadrinara la formación de un grupo en México para ser aceptado por la IPA. Otros fundadores hicieron lo propio a sus asociaciones, pero desde Francia vino la primera respuesta y el apoyo inmediato para que esto se lograra.

Algunos fundadores se conocían de antes o durante sus respectivas formaciones, Barajas en cambio era un hombre solitario y de algún modo siempre fue satelital en el grupo, lo que le permitió distancia no sin cierto sufrimiento: *“Yo era un ilustre desconocido, una especie de hongo que siempre estuvo en la soledad porque más bien fui visto como un ente raro del cual había que desconfiar”* (Dupont, p. 95). Un *outsider* pues, sus autores eran franceses, su formación clásica y literaria, su forma de escribir “poco científica” y por si fuera poco, no gustaba del protagonismo, no ambicionaba el poder y aceptaba con humildad la necesidad de reanalizarse y de que un analista nunca deja de formarse como tal. *“Fui una especie de espina irritativa en el costado de la APM, creo que soy lo suficientemente libre y lo suficientemente autónomo para nunca haber entrado tanto en los juegos ni en las componendas”* (Dupont, p. 96). Una “espina irritativa en el costado” pues fue un ferviente crítico y un espectador distante de las pugnas políticas de la institución. Su aislamiento le permitió tener un estilo propio de escritura y un pensamiento libre de compromisos ideológicos que forjarán su propia identidad analítica que puede dividirse en los siguientes temas:

Paternalidad, filiación e identidad

La cura tipo o clásica.

La distancia en psicoanálisis

### **El rol del padre en la identidad del sujeto**

Este trabajo de 1965 es pionero en investigar el rol del padre en la consolidación de la identidad y sembrará las semillas para futuros desarrollos en materia de masculinidad, terceridad y orfandad paterna. Se parte del cambio paradigmático de una sociedad matriarcal a un patriarcado que marca un hito en las relaciones humanas. *“Los capitanes substituyen a las Amazonas”* (Barajas, 1965, p. 180) y en este giro la dialéctica madre-hijo será enriquecida por la presencia de un tercero que altera en el orden simbólico y jerárquico su relación. El padre, dice Barajas, es un formador complementario y determinante en la vida del sujeto. Su papel aún en los

casos de ausencia genera una filiación y una influencia tal que permea los valores y el desarrollo mental del hijo. Barajas, aquí nos recuerda los futuros desarrollos de Green sobre la “bi-triangulación” de la figura paterna, es decir, su presencia desde el inicio en forma de ausencia o dicho de otra manera, su presencia que está manifestada en los momentos de ausencia de la madre, cuando ella “está con alguien más” que no es el hijo, aunque ese otro (Padre) no esté presente. La clínica de Barajas le hace pensar en estos padres ausentes, estas orfandades incluso de hijos cuyos padres nunca conocieron pero que supieron de su presencia a través del discurso materno o de otros familiares. Barajas se centra entonces en la carencia paterna, en el enigma que dicha carencia deja (¿cómo era mi padre?) y en la sensación de vacío y soledad que se intenta llenar con fantasías. “*La falta de diques*” (Op.cit., p. 182) es la consecuencia de tal carencia, es decir, la poca o nula estructuración de una historia y un aparato que a falta de padre hace aguas. El silencio del analista, dice Barajas, debe ser dosificado pues el paciente es particularmente sensible a ellos al vivirlos en ocasiones como ausencias en transferencia. “*Aprendí a dosificar mis intervenciones, pues hasta el ruido del cigarro, el timbre del teléfono y mis gruñidos tenían una significación dentro de este contexto. Básteme decir que una técnica demasiado pasiva, o un silencio prolongado, irremisiblemente acarrearían un fantaseo intenso de estructura típicamente pregenital*” (Ibidem, p. 182). En este párrafo, puede verse a un analista maleable, elástico, dispuesto a flexibilizar su técnica y adecuarse el momento de la sesión, a la necesidad relacional, al espectro regresivo de cada paciente.

Más tarde su paciente le dice: “*Que chistoso: estar aquí solo y en psicoanálisis. Mire, que dicen los psicoanalistas que el pecho lo es todo en la vida. Me encantaría que usted fuera mujer*” (Ibid., p. 183). A lo que Barajas no responde, sino que permite el juego preparando el camino para que el paciente pueda tolerar lo que no tuvo: un hombre presente.

“*A padre presente, fantasía confrontada; a padre ausente, fantasía no corregida*” (Ib., p. 184). Fórmula audaz en donde Barajas muestra el trabajo distintivo entre el paciente en conflicto (confrontación) y el paciente en déficit (construcción) o dicho en términos de Ogden la diferencia entre completar un sueño y soñar uno no soñado. Barajas, permite a su paciente, “soñar” a su padre, a partir de “pedazos transferenciales” que va recolectando en el análisis, mientras que afuera va y en lo va juntando pistas de quien fue su padre real. Y no sólo permite este “sueño” sino que es un analista que acepta sus errores técnicos, tan propio de los padres terrenales y tan

lejos de los dioses del olimpo: *“Prefiero insistir en un hecho que siempre me pareció evidente: toda actitud del médico que podía sentir como una ausencia y en esto incluyo las interpretaciones erróneas, acarrea de inmediato la aparición de este tipo de material pseudorregresivo”* (Ib., P. 185, la cursiva es mía).

Así pues, con autocrítica y flexibilidad, Barajas va permitiendo que su paciente lo use y construya un padre “a modo” que al final destruirá y comprenderá que una analista no es un padre, sino un analista y nada más. *“Ha ido aprendiendo que su relación es una en la que él es el paciente y el doctor es el doctor, que sus emociones necesitadas reparación, son emociones, y que los honorarios del doctor son honorarios y no robo, limosna, propina o dádiva; que su tratamiento es trabajo”* (Ib., pág. 186). Honestidad, trabajo, dolor, gratitud, humildad, los legados de un análisis desde Barajas, tal como narra fue su propio análisis, en donde un ser humano ha hecho lo mejor posible el “papelón” de tolerar todas las transferencias necesarias para que al final el paciente sea paciente, el analista analista y el análisis trabajo de análisis. Concluirá su trabajo enumerando los logros tras un análisis bien llevado, que incluye la modalidad de transferencia paterna (y no sólo materna, criticando a la escuela kleiniana entonces en boga) particularmente en los pacientes que sufrieron orfandad paterna real.

Acceso a la genitalidad

Fantasías inicialmente binarias que empiezan a triangularse

Las pulsiones pierden su carácter angustiante

El sujeto busca caminos de satisfacción más sólidos y reales

Todo ello en un espíritu de adaptación a los cambios modernos a los que el analista está exigido a adaptarse *“Nuestro mundo moderno, al enfrentarnos con un cambio continuo, exige de nosotros una congruencia flexible que nos permita ver crecer nuestra época sin desgarrar interno”* (1965, Pág. 187).

### 3.2. La cura tipo.

En este breve ensayo, Barajas hace un homenaje a sus maestros en Francia, particularmente a Bouvet y Nacht, quienes en plena eferescencia lacaniana supieron unirse al mástil de una tradición y no sucumbir en prácticas que so pretexto de una “técnica flexible” (por ejemplo la escansión) terminaban siendo abusivas e incluso iatrogénicas para el paciente a quien sin su consentimiento le eran aplicadas. Pero no hay que confundirse, hemos

visto ya como Barajas no era un partidario de la ortodoxia que no hay que confundir con lo tradicional. Su maleabilidad, manifiesta ya en sus artículos precedentes, siempre tenían un porqué, un para qué y un desde donde, y eso es lo que entiendo por ser “tradicional” aún en la innovación. De este modo, este artículo sobre la “cura tipo” o el “tratamiento clásico” lejos de ser un manual de ortodoxia, resulta una reflexión interesante sobre lo que se “pierde” y lo que se “gana” con prácticas terapéuticas derivadas del psicoanálisis que implican poner sobre la mesa la posición ética y el compromiso con el método de cada analista.

*“Mi experiencia, y los errores en ella cometidos, me han enseñado la necesidad de tal codificación de nuestro dispositivo analítico”* (Barajas, 1966, p. 39). Es decir, el analista en sus años de práctica, incluidos aciertos y errores, debe depurar, cuidar, transformar y mostrar cual es el dispositivo analítico que está usando en los distintos momentos de vida de su práctica cotidiana. *“Nuestro ideal es pues, el de que, en cada momento de la cura, sepamos el cómo, por qué y lo oportuno de lo que hacemos o dejamos de hacer”* (*Op.cit.*, p. 39), para ser conscientes -agrego yo- del tipo de práctica que estamos haciendo y nunca dejar de pensar desde donde hacemos o dejamos de hacer nuestro trabajo. Barajas deja claro que la “cura clásica” es posible y solo posible en condiciones ideales cada vez menos frecuentes, es decir, los de estructura neurótica.

Ya en 1966, Barajas anunciaba el advenimiento de pacientes no-neuróticos, o como el los llama “no clásicos” que dará origen a modificaciones en la teoría y en la técnica necesarias pero que implican siempre una reflexión de lo que implica esta modificación. La cura tipo requiere para Bouvet ciertas condiciones, a saber: a) condiciones operatorias constantes; b) favorecer el relajamiento de las actividades de control; c) conservación de las capacidades de observación; d) no permitir en el ejercicio de la cura la satisfacción de necesidades inconscientes. Condiciones propias de estructuras neuróticas que ponen en marcha las “neurosis de transferencia” No obstante, nos recuerda Barajas, aún en con estos pacientes ocurren ocasionalmente transgresiones notables al dispositivo analítico que es importante reconocer, de modo que el mismo método (al fin de cuentas un constructo teórico) esta irremediamente ligado a la observación clínica y su retroalimentación es irrenunciable. Esto –a decir del autor- *“nos libra de todo nihilismo irracional sobre el instrumento que manejamos y nos coloca frente a una sana teoría del conocimiento”* (*Ibidem*, p. 49). Teorizar no es apegarse a la teoría, sino ejercitar el pensamiento de lo teórico, lo

que permite la creación de conceptos nuevos, modelos nuevos e incluso métodos nuevos y así evitar “*la tendencia megalomaniaca a creer en los poderes ilimitados de nuestra terapéutica*” (*Ibid.*, p. 40). Ni fosilización de un método, ni transgresión continua del mismo, sino un punto medio “*la solución entre ambos extremos lo da una atención sostenida y disciplinada sobre las razones en que se funda el dispositivo terapéutico, permitiendo las variables técnicas en casos y momentos particulares*” (*Ib.*, p. 41). Por si fuera poco, Barajas apunta al final del artículo a la necesaria reflexión sobre el par transferencia-contratransferencia y a su “*secuela dialéctica*” práctica (*Ib.*, p. 43) patrocinada por la regla de la asociación libre con su par la atención flotante. Y si bien cita el famoso “espejo” neutral de Freud, menciona que para Lacan, el espejo siempre está vivo.

### 3.3. La noción de distancia

Este es sin duda el texto más trascendental de Barajas: “*La noción de distancia en el tratamiento psicoanalítico*” (1968) es un texto de madurez, de gratitud por lo aprendido y de consolidación de una identidad analítica muy singular. Empieza con una cátedra sobre la posición del analista hacia su conocimiento, hacia sus conceptos y hacia sus definiciones. Admite el riesgo de caer en una verdad relativa sujeta siempre a cambios o bien el otro riesgo hacia la aspiración de una verdad absoluta e inmutable. Ninguno de los dos polos (relativismo vs. absolutismo) parecen tener cabida en el pensamiento de Barajas y si bien opta por la necesidad de utilizar algunas definiciones mínimas (del concepto “distancia” en este caso) subraya las debilidades de “la definición” pues “*sería quedarnos en un mundo bidimensional, frente a una realidad tridimensional y fluida que atraviesa, envuelve y rompe las retículas conceptuales, de la misma manera que el agua atraviesa los poros de la red del pescador*” (Barajas, 1968, p. 94) Y es que el inconsciente es así, tan pronto lo pescamos se nos escurre de las manos, lo que no debe frenar nuestra pasión por intentar conceptualizarlo, como un fotógrafo logra captar el instante de un momento fugaz pero suficientemente bello. Así, sin caer en el valor absoluto de la teoría, sin creer que la definición es la cosa, Barajas intenta definir un concepto que le fue ofrecido en las tiempos de formación por medio de las enseñanzas de su maestro Bouvet.

¿Qué es entonces la distancia? Para entender esto, Barajas parte de la idea de que la experiencia psicoanalítica es ante todo una experiencia dialéctica, usando la noción dialéctica desde la vieja filosofía, es decir: de diálogo.

*“Del diálogo (...) debe brotar la luz y si olvidamos que el psicoanálisis es una forma superior de diálogo, caemos en esta fantasmagoría del American Handbook of Psychiatry, de que el tratamiento analítico, lejos de ser un diálogo, es un monólogo tenido frente a un intérprete”* (Op.cit., p. 97). El análisis, es para Barajas, una forma particular de diálogo nunca un monólogo. Un encuentro de una mente con otra, no de una mente con una teoría a ser comprobada, no una mente objetiva clasificando la psicopatología del paciente. Esta psicología “bi-personal” de Barajas, recuerda a los Baranger y se adelanta a las escuelas intersubjetivas contemporáneas. Pero no todo acaba allí, más adelante agrega el autor: *“Pero existe algo más: esta experiencia dialéctica ocurre en una relación de sujeto, a sujeto, en la que un sujeto confronta su propia subjetividad con otro. Es esto lo que da su dimensión humana al psicoanálisis”*. (Ibidem, p. 97, La cursiva es mía)

Escribir esto en los años que sesenta, ante un grupo partidario o bien de las relaciones objetales (no subjetivas) o bien de la *ego psychology* americana, o bien de la psiquiatría dinámica americana, no era tarea fácil, se antoja más bien valiente por lo que podemos entender que Barajas siempre fue un “bicho raro” para el grupo de fundadores. Nuestro autor a estas alturas, era más un lobo solitario que un animal de manada, escribía poco, pero escribía claro, poniendo sin censura su propia idea de lo que era para él la experiencia analítica: un encuentro humano.

*“Lo que constituye al hombre en tanto que hombre es la exigencia de ser reconocido por el hombre”* (Ibid.) Cita que bien podría ser de Unamuno, Ortega o más recientemente Morín, la humanidad de la humanidad, sólo un hombre puede reconocer a otro hombre, nada de lo humano me es ajeno, etc.; el psicoanálisis como ejercicio terapéutico al servicio de generar humanidad en el paciente y en el analista. *“El hombre para ser reconocido por el hombre, es capaz de hablar griego, hacer cine, perseguirse con la imagen de un pecho, plantearse como feto o incluso inventar la mayéutica”* (Ibid., p. 98). Es decir, el psicoanálisis como una forma que tiene el humano para hacerse escuchar por los humanos y humanizarse.

Podemos ya hablar de la distancia en el curso del proceso analítico, que no es otra que la distancia intersubjetiva que el paciente va requiriendo según el nivel del proceso en el que se encuentre. Adelantándose un año a Meltzer (1971), Barajas propone las distintas vicisitudes que pasa un analista para poder cuidar la distancia óptima de cada paciente en cada momento de su proceso analítico. *“El (analista) se coloca a una distancia subjetiva adecuada para poder captar con su propio inconsciente los conflictos de*

su analizando. En teoría, es la suya la distancia más adecuada; la de no estar demasiado lejos o demasiado cerca; la de poder escuchar siempre, sin interferencias, y la de permitirse la posibilidad de ser un observador permanente de lo que en su analizado ocurre, al mismo tiempo que registra ampliamente su propia experiencia” (Ib., p. 99). Este párrafo casi bioniano (El analista puede estar sumergido pero nunca puede estar abatido como dijo en sus seminarios Brasileños de 1971) es de una sabiduría inmensa. A mi forma de entender, es lo más cercano a una enseñanza técnica, en el entendido que la técnica no se puede enseñar y que toda empresa por manualizar el trabajo analítico cae necesariamente en la infertilidad, pues solo podemos ser el analista que nuestro autoconocimiento nos permita, ser nosotros mismos, con un paciente determinado, en un momento determinado. Barajas, apunta pues a la “libertad” del estilo de cada analista, a la disponibilidad para crear un ambiente íntimo. Íntimo no parece ser sinónimo de cercano o lejano, sino distante, es decir, dentro del vínculo pero fuera a la vez, sin pérdida de asimetría, con distancia: “La disponibilidad del analista, es esa libertad íntima para disponer de sus mejores medios para escuchar y ser el punto de referencia” (Ib., p. 99). Esos mejores medios, los brinda su autoanálisis, su formación interminable, su humildad. Debemos ser vigilantes -dice el autor- para no caer en “no comprender en absoluto o comprender demasiado” y más bien tener una distancia correcta hacia lo que entendemos por “comprensión” del paciente. El silencio, no es necesariamente lejanía, pero si distancia, es un espacio que brinda el analista invitando al diálogo a su paciente, convocarlo a asociar, pues ya se está listo para escuchar. Sólo así, con distancia óptima, se puede contactar la subjetividad del paciente y no se pierde la subjetividad del analista. El analista debe negarse a participar como un objeto “real” y ser más bien un sujeto “transferencial”: “Si bien el analista rehúsa ser objeto, siempre está presente en calidad de sujeto” (Ib., p. 101).

La dialéctica del encuentro analítico, rara vez toma en cuenta la visión del paciente. No es nada más que un analista se ofrezca como figura paterna, también es que una paciente se ofrece como hija: “Hago de ti un padre y yo me ofrezco como hija, quiero ser un objeto tuyo, al que ames como yo hubiera deseado ser amado en la infancia” (Ibíd.) Si el analista sucumbe, confunde lo transferencial con lo real y el juego analítico pierde su metáfora. La adopción de posturas objetales cada vez más arcaicas es un riesgo por la falta de distancia óptima. Óptimo quiere decir acorde al contexto, la distancia es distinta en cada paciente, e incluso con el mismo paciente tendrá variaciones

según el contexto intersubjetivo de cada sesión. Barajas hablará también de la distancia que el paciente pone, según sus necesidades infantiles o adultas, su psicopatología, su momento de análisis, y entiende todo ello como formas defensivas y genuinas de mantener el vínculo analítico bajo cierto control, pues la vulnerabilidad de la dependencia analítica es una realidad dolorosa. La “aproximación” del paciente es un logro de dos, no sólo la resistencia de uno, de alguna forma, la intimidad se gana con la confianza, el tiempo y la tolerancia a la distancia. Técnicamente el analista debe favorecer el movimiento, el diálogo y el cambio transferencial. “*EL objetivo del analista (...) ha de ser también el de favorecer los movimientos intersubjetivos de la distancia*” (Ibíd., p. 108). Lo que implica que el paciente siempre tiene el derecho de elegir espontáneamente la distancia que en cada sesión le sea favorable. El riesgo para el analista es desconocer la subjetividad de cada sesión y entonces meter un elemento objetivador, una normatividad, una maniobra técnica que rompa la distancia y rasgue la intimidad del vínculo. El trabajo del analista es resolver el enigma de la distancia de cada sesión.

#### 4. Legado y conclusiones

“*Dejo para el final algo que está más allá y más acá de toda técnica, falto de lo cual el tratamiento puede ser una farsa: la humanidad del médico que se basa en el respeto absoluto por la persona humana*” (Barajas, 1966, p. 43). Estas palabras cierran el artículo sobre la “cura-tipo” y parto de ellas para hablar del legado y la trascendencia en el pensamiento de Rafael Barajas.

Hemos visto ya el contenido de sus trabajos, más ensayos que artículos científicos, más literarios que metodológicos, de donde ya se desprende una sensibilidad al humanismo, las letras, la filosofía y la sociología. No faltan en sus referencias autores de diversas ramas humanistas, alguna referencia mitológica, algún pasaje literario o incluso un párrafo más poético. De modo que dese allí ya se asuma un sello particular, una escritura poco habitual para la época. De hecho, Barajas narra como un colega le reprochó “*que escribía bastante bien, que era más bien literato que psicoanalista*” (Dupont, p. 97). Pero él no cedió y en su último artículo “*Psicoanálisis ayer y hoy*” (Barajas, 1975) prácticamente realiza un escrito propio (sin citas) al puro estilo de memoria ensayística, una suerte de autobiografía de su trayectoria como analista y como persona total. Siempre apegado al texto freudiano, sus referencias al Maestro de Viena sensibilizan al lector con la

humanidad de Freud, no es puntilloso encontrar la cita precisa, ni remite a obra particular, habla de su Freud, de su experiencia como lector, como alumno de franceses freudianos, como colega de analistas mexicanos: “*Freud muestra que la consciencia no es perfecta, pero que es perfectible. Que es frágil y engañosa, pero que sin ella no podemos nada. Que somos frágiles como nuestra vida y tan preciosos como ella*” (Op.cit., p. 22). Barajas habla simultáneamente de la fragilidad de la vida y de su belleza, recordando al Freud de “La transitoriedad” (1916). Somos bellos en tanto frágiles, somos valiosos en tanto mortales. La apuesta para Barajas, es retomar lo “revolucionario” de la experiencia analítica. En Francia, particularmente en la etapa en que Barajas se formó (años 50’s) el psicoanálisis era concebido como una revolución ideológica. El discurso freudiano que inaugura la falta en el sujeto, que desenmascara su narcisismo y lo des-centra del control de su vida mental, es ante todo, un discurso revolucionario. Si algo entiende los ánimos del psicoanalista francés (de esa época y todavía ahora) es el uso del psicoanálisis para fines adaptativos y alienantes. Nada de eso cabe en el psicoanálisis francés (lacaniano o no) y Barajas supo portar ese ideal.

“*La revolución empieza por ti todos los días*” (Barajas, 1975, p. 22) cita Barajas a Mao. El esfuerzo analítico es seguir analizando y destruyendo mitos, confrontar insuficiencias personales y miedos primitivos. El análisis es una experiencia que busca liberar el amor y disminuir el temor. Se puede ver como el pensamiento de Barajas es sólido, congruente y bien fundamentado. Su rigurosidad no se pierde en su idealismo, pues sus ideas no parecen caer en ideologías sino en aspiraciones éticas. Acepta no saber hacia dónde irá el psicoanálisis y si este podrá triunfar sobre la miseria humana, pero “*lo que sé con certeza es que se trata de una disciplina que trata de servir a los mejores intereses de los seres humanos en su tarea cotidiana; de reducir los dolores morales al mínimo inevitable; de liquidar los miedos que nos habitan y, por lo menos explicar la desconfianza en que vivimos*”. (Op.cit., p. 23)

Barajas no se cansa en repetir que el centro del psicoanálisis está en su potencial humanizador, acepta los errores de algunas escuelas (particularmente americanas de esas épocas) en desviar el objetivo hacia una deshumanización. No obstante, afirma que es imprescindible seguir avanzando, enriquecer el patrimonio freudiano, abrir el campo analítico a nuevas prácticas: “*la extensión del tratamiento a los niños y a los psicóticos, la creación (...) de psicoterapias múltiples que se inspiran de la psicodinamia psicoanalítica de los grupos (...) la proliferación de ensayos*

sociológicos, biográficos y aún estéticos, son unos cuantos ejemplos de la vitalidad del psicoanálisis y de que su potencial aún está lejos de ser agotado” (*Ibidem*, p. 21). Psicoanálisis vital, con un potencial infinito; psicoanalistas humildes, con limitaciones reales, analistas que encarnan una tarea social, y diría yo, planetaria. La ciencia psicoanalítica, leída desde Barajas, con textos de hace más de cuatro décadas, se renueva y se refresca. La disciplina psicoanalítica es esperanzadora a pesar de la pequeñez del narcisismo humano. El diálogo analítico como un encuentro entre dos humanos se antoja bello y esperanzador. Todo esto implica un legado para el analista de hoy y mejor aún para las generaciones de analistas por venir.

Dejemos que sea el propio Barajas el que cierre este artículo sobre su legado: “*Nuestra ciencia, en este sentido, sigue siendo como el silencio del médico psicoanalista: libre en su modestia; fuerte en el llamado al diálogo; carente de fanatismos, aunque no de convicciones y finalmente cálida tras su presunta austeridad*”. (1975, Pág. 24)

## Bibliografía

- BARAJAS, R. (1965): El padre, la filiación, la identidad. *Cuadernos de Psicoanálisis*. Vol. 1 (2): 179-188
- BARAJAS, R. (1966): Reflexiones sobre el tratamiento clásico. *Cuadernos de Psicoanálisis*, Vol. 2 (1-2): 39-44
- BARAJAS, R. (1968): La noción de distancia en el tratamiento psicoanalítico. *Cuadernos de Psicoanálisis*, Vol. 4 (2-3-4): 93-114
- BARAJAS, R. (1975): Ayer y hoy del psicoanálisis. *Cuadernos de Psicoanálisis*, Vol. 8 (3-4): 19-24.
- BION, W.R. (1971): Seminarios de psicoanálisis. Buenos Aires: Ed. Paidós
- CARBALLO, E. (2011): Los años veinte en México. *Revista UNAM*. Junio. Pp. 22-28.
- DUPONT M., M.A. (Sin año) “Los fundadores”. Editorial APM.
- FREUD, S. (1916): La transitoriedad. En: *Obras Completas*. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu Ed.
- MELTZER, D. (1976): Temperature and distance as technical dimensions of interpretation, in: *Sincerity and other works*. London: Karnac
- ROUDINESCO, E. (2012): *Lacan frente y contra todo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica